

6. Juan Pablo Artinian *

Las elecciones en Estados Unidos desde América latina: “racializando la agenda política” latinos, trabajadores e indocumentados

La posibilidad de extender los ya existentes muros a lo largo de la frontera entre Estados Unidos y México ha sido uno de los momentos más altisonantes dentro de las muchas declaraciones del candidato republicano Donald Trump en su campaña para la elección presidencial del año 2016. Ese muro, según Trump, debería ser pagado por México y “protegería” a Estados Unidos tanto del “peligro” de una inmigración no deseada así como del narcotráfico. Las promesas electorales de Trump han estigmatizado no sólo a los migrantes del Sur de Río Bravo sino también a otras minorías y grupos etno-religiosos. Ahora bien, la posible construcción de esa inmensa muralla -ante el eventual triunfo de Trump- no sólo da cuenta de la compleja e intensa relación entre Estados Unidos y México, sino que estaría marcando también la estigmatización de un espacio geográfico y su imaginada población como bárbara y

destruictiva para la fisonomía del país. Así, en ese discurso de xenofobia el goteo de migrantes provenientes de muchas partes de América Latina -que buscan entrar en los engranajes de la economía norteamericana- estaría “contaminando” a la propia sociedad estadounidense. Ahora bien, la ampliación de ese muro también tiene el efecto simbólico de querer separar dos mundos o cómo se gusta llamar en los Estados Unidos “las Américas.” Este año electoral ha encontrado en las altisonantes y polémicas declaraciones de uno de los candidatos algunos ejes que movilizan a parte de los votantes: la estigmatización de las denominadas minorías de “color” y la cuestión de la inmigración y el cambio demográfico de los Estados Unidos. Desde la perspectiva argentina, esos clivajes étnico-raciales tienden a ser simplificados por los grandes medios de comunicación y muchas veces la historiografía argentina los tiende a desestimar, producto de una visión por momentos poco crítica de un tema tabú en nuestro propio país.

En este artículo queremos argumentar que el nuevo giro de “racialización” de la agenda política no debe verse simplemente como simple “demagogia” conservadora o progresista sino como un fenómeno sintomático de cambios más profundos producto de las tensiones económicas abiertas desde la crisis del 2008 y el legado del ciclo de guerras de inicios del siglo XXI que estarían configurando una cultura política que coloca en el centro de la escena tópicos como el racismo, la migración y la nueva configuración demográfica de los Estados Unidos. Algunos interrogantes que discutiremos en este artículo son: ¿Por qué

* Universidad de Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letra. Universidad Di Tella. CONICET (INDEAL-UBA-FFyLL), Argentina. E-mail: artinianjuanpablo@gmail.com

la cultura política de los Estados Unidos está poniendo en el centro de la escena el debate en términos “racializados”? ¿Cómo podemos pensar este fenómeno más allá de nociones como “demagogia” o propaganda electoral? ¿Cómo podemos analizar –a partir de la perspectiva de Sudamérica- las tensiones y ansiedades que despierta esta retórica?

El contexto: Guerra, Crisis y cambio demográfico

La crisis del 2008 –que comienza en Estados Unidos, pero tiene una escala global- vino a profundizar los efectos de largas décadas de políticas inequitativas en ese país que pueden rastrearse en las administraciones de Ronald Reagan en los años ochenta y George Bush (padre) en los tempranos noventa. En el plano internacional, la Guerra Fría había terminado y el principal antagonista de Estados Unidos - la Unión Soviética- colapsó, abriendo toda una nueva frontera global para el ahora triunfante capitalismo. Después de una aparente tregua -durante los años noventa bajo Bill Clinton- Washington volvió a abrir un ciclo de guerras en el Medio Oriente comandadas por George Bush (hijo). Una vez más la historia de la Guerra Fría parecía volver bajo la rúbrica del “Eje del mal” y la islamofobia desatada tras los atentados de Septiembre de 2001. Bajo la administración republicana las políticas domésticas se tradujeron en la hiper-vigilancia interna, la profundización de la concentración de la riqueza en una fracción cada vez más

minúscula y en el plano externo una política de desestabilización para amplias regiones del mundo –en particular el Medio Oriente a través de las invasiones de Afganistán e Irak- cuyas consecuencias aún repercuten en el mundo actual. Los años de Bush tuvieron su clausura con la crisis del 2008 que mostró los límites dramáticos de un modelo de acumulación basado en la especulación financiera y la guerra. El declive relativo de los Estados Unidos parecía tomar cada vez un contorno más claro ante la emergencia de un nuevo actor en la escena internacional: China. En ese contexto Barack Obama gana las elecciones de ese año y luego obtendrá su reelección. El análisis de los logros en materia económica y social del periodo de Obama – en el contexto de la crisis global del capitalismo- es complejo y abierto. Sin embargo, algunas tendencias profundas pueden comenzar a visualizarse, en materia económica y social

De esta manera, en sordina y de forma menos dramática, una serie de procesos materiales y culturales comenzaron a configurar un contorno distinto de los Estados Unidos de inicio del siglo XXI. En primer lugar, uno de esos procesos puede registrarse en el cambio demográfico general del país reflejado en el aumento de población proveniente de diferentes países de América Latina y el Caribe (que en la jerga de los censos norteamericanos fue virando de “hispanos” a la ambigua y laxa categoría de “latinos”). Este cambio demográfico parece configurar una novedosa agenda política para los dos partidos tradicionales, tanto para seducir a

esos potenciales votantes como para estructurar una retórica de cierta impronta nostálgica orientada a la “América Profunda” y blanca. En segundo lugar, otro de los cambios estructurales que se han visualizado de forma contundente desde la crisis del 2008, es la pérdida relativa de posibilidades de ascenso social para una gran parte del pueblo norteamericano que estaba acostumbrado a la noción que la nueva generación iba a obtener más y mejores logros –materiales y educacionales- que los padres. En otras palabras, el largo declive económico muestra una redistribución del ingreso cada vez menos equitativa y el aumento de la desigualdad social profundiza el descontento en una sociedad donde la noción que los “ganadores” deben coronar su “éxito” en un modelo de consumo y opulencia casi infinita es central. Es este contexto general de relativo declive, pérdida relativa de la movilidad social y cambios en la composición demográfica – con un claro retroceso de población de la considerada “América blanca”- aquello que debe tenerse presente antes de abordar las complejas formas de racialización del discurso político en esta elección.

Imágenes de violencia racial

A partir de la multiplicidad de imágenes de los medios de comunicación que llegan a diferentes rincones del mundo –entre ellos Argentina- los complejos clivajes étnicos y las tensiones raciales de los Estados Unidos emergen en forma de escenas postmodernas propias de una sociedad que parece imitar sus melodramas fílmicos. Así,

se multiplican las imágenes ad infinitum de hombres armados atacando campus universitarios, colegios o lugares de trabajo y esparcimiento. Las simplificaciones y estereotipos y el despliegue de imágenes morbosas bloquean las preguntas y análisis poniendo en un mismo plano: matanzas en escuelas, lugares de trabajo y motines raciales.

Ahora bien, si nos alejamos de esas simplificaciones e intentamos explorar esos fenómenos en detalle, puede observarse que la cuestión de las tensiones raciales han tenido en los últimos años un recrudecimiento en términos de violencia contra la población negra (el término que define a las grupos descendientes de “color” Afro-caribeños-latinoamericanos va variando según el periodo). En el transcurso del año electoral de 2016, los casos de violencia policial que terminaron en muertes se multiplicaron de manera dramática, sumando además el episodio de Baton Rouge, en el estado de Louisiana, donde un soldado negro disparó y mató a tres policías blancos. Los ecos del fantasma de las Panteras Negras, la posible radicalización política y las revueltas y saqueos de los sesenta asomaron ahora con un nuevo aditivo histórico: la ola de islamofobia que atraviesa Estados Unidos (y Europa).¹⁴

Ahora bien, si nos alejamos de simplificaciones que buscan solo mostrar un espectáculo morboso pueden rastrearse las grietas que subyacen y quizás estarán

¹⁴ Sobre las revueltas negras puede consultarse Howard Zinn, *La otra historia de los Estados Unidos, Desde 1492 hasta el presente*, México, Siglo XXI, 1999, pp. 410-433; 434 – 466.

marcando las nuevas líneas de fuga de la sociedad norteamericana. En ese sentido, se puede mencionar como ejemplo que en la masacre en Florida de 2016 -donde las muertes superpuestas tanto de minorías sexuales junta al no-minoritario grupo “latino” de ese estado- se desplegó parte de la nueva agenda política de los candidatos norteamericanos. Lo que antes parecía solo objeto de censura o represión (derechos de minorías sexuales, condición de migrantes latinoamericanos) deja de estar en los márgenes de la agenda política para convertirse en terreno central de disputa y debate.¹⁵ En el siglo XXI esas políticas de “la identidad” parecen ser cruciales en la votación de ambos candidatos, tanto en sostener una retórica nostálgica de una suerte de Estados Unidos “primordial” que fue sometido a la “invasión hispánica” – entre otros grupos- como, por el contrario, un discurso más pragmático que busca apelar a la fábrica social del país del multiculturalismo.

Latinos, indocumentados y trabajadores: agenda para una cultura política

La racialización de la cultura política tiene en los denominados “latinos” uno de sus ejes centrales. Este grupo no sólo representa la primera minoría del país, sino que ha tenido un fuerte crecimiento demográfico y una cada vez mayor incidencia en diversas esferas de la

sociedad de los Estados Unidos. Así, la cuestión de la “latino-americanización”, presente en la ampliación lingüística y cultural parece cada vez más presente en los medios, en el deporte y en la política: esos clivajes muestran una cada vez más compleja relación si pensamos en los candidatos republicanos como Ted Cruz o Marco Rubio que pueden considerarse con raíces familiares en América Latina. Ahora bien, llegados a este punto encontramos una de las paradojas más extrañas de esta elección. Uno de los candidatos estigmatiza en su discurso a una minoría particular y la hace portadora de valores negativos y ajenos a la sociedad norteamericana. En este punto es importante señalar una operación discursiva del candidato republicano donde “indocumentados”, “mexicanos” y “ilegales” se mezclan en una fraseología xenofóbica contra amplios migrantes no sólo de México sino de diversos países de Centro América y otros países América Latina.¹⁶ Ahora bien, en esa estigmatización a la noción del clivaje étnico, tiene que agregarse el concepto de clase social: aquello que se racializa es el trabajador pobre, en ese sentido el acto de xenofobia se vuelve lo suficientemente amplio para desdibujar diferencias de procedencia nacional. Aquello que se manifiesta en ese discurso no es sólo el estigma contra el continuum del trabajador pobre, indocumentado, o latino sino también el descontento de amplios sectores de la “sociedad blanca” que acostumbrados

¹⁵ Por otra parte cuando se dieron los disturbios del bar Stonewall de 1969 en la ciudad de Nueva York (que dieron inicio al movimiento Gay) el fenómeno de los derechos de las minorías sexuales era prácticamente inexistente de la agenda política de los Estados Unidos.

¹⁶ Para una reciente historia de los mexicanos migrantes a los Estados Unidos puede consultarse Rodolfo Acuna, *Occupied America: A History of Chicanos*, Pearson, 2014.

a la bonanza económica no pueden aceptar el declive relativo, y la ausencia relativa de ascenso social. La movilización de ese voto, todavía numeroso, parece estar en esa agenda racializada de una fuerte impronta conservadora en el interior y agresiva en su retórica externa. Así, un empresario del mundo de la especulación inmobiliaria condensa en su discurso la doble estigmatización de los sectores más afectados, por su origen étnico/racial y por su clase social.

Por último, debe señalarse que los usos de la racialización en la retórica política también se encuentran en la cultura política del partido demócrata a través de la posibilidad de apelar a valores y nociones del multiculturalismo y la idea del país de la inmigración. Así, la posible regularización de indocumentados no debe verse simplemente como “demagogia progresista” sino como los efectos profundos de la agenda política de parte del sector productivo norteamericano que basa parte de su “productividad” en la generosa y barata mano de obra de América Latina.

A modo de conclusiones

Las contradicciones sociales, económicas y políticas de los Estados Unidos del siglo XXI, se han vuelto más agudas e intensas. La retórica de racialización de esta agenda electoral es parte de los profundos cambios que vienen afectando a ese país desde las últimas décadas. Desde la crisis del 2008, se han profundizado tendencias de declive relativo, mayor inequidad social y cambios en la composición demográfica del país. La

extrema polarización de la retórica electoral, antes que responder a simple “demagogia” es parte de una cultura política donde los temores y ansiedades se condensan en las tensiones raciales, las formas de violencia interna y formas de opresión étnico-raciales que no pueden comprenderse sin tener presente la nueva agenda imperial y las contradicciones de una economía que siente cada vez más la sombra de la competencia de China.

Indocumentados, latinos o trabajadores pobres, contribuyen con su esfuerzo a mantener a la principal economía del mundo. La Latino americanización del trabajo y la cultura de los Estados Unidos entran en el siglo veintiuno bajo la estigmatización de la nueva agenda imperial.